

HOMILÍA DE LA MISA DE LA SOLEMNIDAD DEL CORPUS

-Misa Internacional en el santuario de Lourdes-

El día 24 de octubre de 1945, acabada la Segunda Guerra Mundial, en la ciudad estadounidense de San Francisco, 51 países fundaron la Organización de las Naciones Unidas. Esta organización internacional se creó para velar por la paz, la seguridad y el desarrollo en el mundo. Para ello se erigió la Asamblea General, el Consejo de Seguridad y numerosos organismos. Cada uno puede juzgar el éxito o el fracaso de sus objetivos.

La eucaristía instituida por Cristo hace dos mil años, y que hoy contemplamos de un modo especial en la solemnidad del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, persigue un objetivo aún más ambicioso: hacer del género humano una sola familia. Lo hemos escuchado: “El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan” (1Co 10,17). La ONU es obra de hombres para conseguir la paz, la seguridad y el desarrollo. La eucaristía es obra de Dios para conseguir que la humanidad sea una familia de hermanos que se aman. La ONU, para conseguirlo, tiene, entre otros, a sus cascos azules. La eucaristía necesita una multitud de “cascos blancos”, de discípulos de Cristo que buscan acercar a la eucaristía a cuantos más mejor.

La eucaristía no es obra de hombres. Es obra de Dios.

El Señor predicó la llegada del Reino de Dios. No una organización sociopolítica nueva, sino una humanidad nueva, un modo nuevo de vivir. Todo lo que Cristo hacía despertaba atracción y confianza. Los que creyeron en él experimentaron que el Reino de Dios no era un discurso sino una realidad: accedieron a una relación con Dios, entraron en su Reino, fueron liberados de sus esclavitudes, fueron sanados de sus enfermedades, fueron transformados sus corazones y su personalidad. Uno de los cambios más evidentes fue la transformación de sus relaciones interpersonales: los demás ya no eran extraños, competidores o enemigos, sino hermanos.

Nació la Iglesia: una comunidad de hermanos habitada por el Espíritu Santo, donde en su interior era posible vivir como una verdadera familia. Una comunidad abierta a la que se añadían todos aquellos que se convertían. Una comunidad que se juntaba al menos cada semana para celebrar ese banquete sobrio y poderoso que Cristo instituyó antes de su

pasión. En esta cena experimentaban como Cristo les transformaba día tras día y, por tanto, les unía más y más entre ellos.

Esta cena especial ha permitido que hombres y mujeres de todos los tiempos y de todos los países pudiesen acceder a la redención de Cristo, pudiesen entrar en su reino. La eucaristía es la gran mesa en la que la humanidad toma el mismo alimento. Un alimento que es un mismo pan que se comparte y se reparte para convertir a todos los comensales en un solo cuerpo humano, en una sola familia de hermanos. Hoy esto sucede con todos nosotros, tan diferentes, tan desconocidos, pero, por obra de Dios, tan hermanos. Esto es la ONU de Dios, no es obra de hombres, es obra de Dios.

La eucaristía necesita “cascos blancos”.

Hoy el evangelio nos dice que “el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”. Cristo se refería a la eucaristía que instituiría antes de su muerte y resurrección.

Este pan que consagraremos no une a la humanidad mágicamente. Este pan actúa cuando toda la humanidad se reúne en este banquete y participa de él. Esta humanidad nueva es creada por la comunión eucarística vivida en la fe.

Dios necesita mensajeros y testigos. Necesita cascos blancos, instrumentos para que muchos, para que todos, se sienten a esta mesa que nos une y nos salva. Estos cascos no disuaden, no coaccionan, ni mucho menos compran a la gente. Estos cascos blancos son los discípulos de Cristo que viven de tal modo que provocan a quienes conviven con ellos la pregunta por su secreto: ¿De dónde sacan la fuerza para ser así?

Estos cascos blancos no tienen otro secreto que Cristo, que este banquete en el que comen y beben su sacramento, y experimentan no solo una vida nueva, sino además el deseo de que esta sea para todo el mundo.

Vosotros sois los cascos blancos de la eucaristía, los cascos blancos del Reino de Dios. Vosotros sois los enviados a invitar y a sentar a todos a esta mesa que, de verdad, es la fuente de donde mana la paz, la seguridad y la justicia.

Pelegrins i malalts de les diòcesis de Vic i Solsona. Vosaltres sabeu com n'és de necessari per a les nostres diòcesis que esdevingueu “cascos blancs” del Regne de Déu. Que aquest cinquantenari que aquests dies celebrem ens esperoni a tots a fer el pas d'esdevenir cascós blancs de l'eucaristia.

Lurdes de França, 18 de juny de 2017